



Los Católicos y la devoción a María Santísima

a. Generalidades

El Papa Pío XII proclamó en múltiples ocasiones, pero principalmente durante el año mariano de 1954, que "la salvación del mundo se encuentra en María".

Nunca la humanidad había sido amenazada por peligros tan grandes como en los de nuestra época. Nunca en consecuencia ha necesitado tanto los amorosos cuidados de aquella que al pie de la cruz fue nombrada Madre del linaje humano.

Pero es de suma importancia evitar ciertos escollos en esta devoción. El deseo de la Santa Iglesia es que los cristianos adquieran una piedad adulta y valoricen debidamente las cosas. Indudablemente es mucho más importante evitar el pecado por amor a la Sma. Virgen que cualquier práctica exterior hecha sin verdadera devoción.

Toda devoción cristiana debe encontrarse cimentada en el Dogma, esto es, en las verdades que Dios nos ha revelado.

Se dice y con toda razón que después de la devoción de Jesucristo, nuestro Dios y Salvador, no hay ninguna que sea más santa, consoladora y saludable como la devoción a su Divina Madre. La razón de esto es la inmensa dignidad y la suprema elevación en que Dios ha colocado a María sobre todos los ángeles y santos.

La fiesta instituida por Pío XII en honor a María, Reina del Mundo, no es sino la exaltación de los privilegios sin número con los que fue adornada la Virgen Santísima, y constituye en el momento actual, el último canto del poema que las genera-

ciones cristianas han compuesto en su honor.

Después de Dios nadie merece más nuestro tributo de homenaje y veneración como la Virgen Santísima porque:

Su título de Madre de Dios, su participación en la Redención del género humano, y su excelso triunfo sobre la muerte, la convierten en la Hija predilecta de Dios y en la más grande de todas las criaturas.

Existen otras razones que nos impulsan a profesar a María tierna devoción:

1. Su solicitud por nosotros, unida al poder soberano que Dios le ha otorgado, la convierten en el mejor medio de que nos podemos valer para conseguir nuestro fin último.
2. María es nuestra Madre; de sus manos benditas recibimos cuantos favores nos otorga Dios. De allí la conveniencia de profesarle el más filial de todos los amores, al mismo tiempo que profundo respeto e ingenua confianza.

Las principales prácticas de devoción en honor de la Madre de Dios son las siguientes:

1. Celebrar sus fiestas con devoción.
2. Rezar el Santo Rosario
3. Llevar el Escapulario.

B. ¿Por qué las sectas protestantes no veneran a María?

Bien sabido es que una de las cosas por las que más nos atacan las sectas protestantes a los católicos es por el especial amor y veneración que le tenemos a la Santísima Virgen María, la Madre de Jesús.

Afirman los protestantes que, con la veneración que damos a María (y a los santos), negamos a Jesús como el único y suficiente Salvador. Se nos llega a calumniar al decir que adoramos a la Virgen, y que la ponemos en el lugar de Dios.

Esta manera de pensar de las sectas no hace sino poner de manifiesto la manera tan pobre e incompleta que tienen de entender la Biblia.

En primer lugar, hay que dejar en claro que nuestra fe inmovible y constante, desde hace 20 siglos, es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es nuestro único y suficiente Salvador, el único Mediador entre Dios y los hombres. (Jn. 14,6; Hech 4,12; 1 Tim. 2,5-6)

Toda afirmación de un católico acerca de María (o de los Santos), está armonizada con esta gran verdad, y debe entenderse a la luz de ella, y jamás en oposición a ella.

Los católicos creemos que María es una criatura humana, como nosotros, y, por tanto jamás caeremos en el error de adorarla.

Creemos que, como todo redimido, ella también fue salvada por Cristo (María lo llama "mi Salvador", (Lc. 1,47)

Pero, firmemente basados en la Biblia, creemos también que María es la más santa de todos los discípulos de Cristo (Lc. 1,28), por su fe total y obediente a la Palabra de Dios (Lc. 1,45; 2,50-51), y sobre todo, porque desde la eternidad fue escogida por Dios para ser la Madre de su Hijo, y para eso le dio desde el principio la gracia y la santidad necesarias para que pudiera cumplir bien su misión. (Lc 1,35; 11,27-28; Rm. 8,29-30; Ef. 1,3-6)

Fue escogida por Dios para que colaborara libremente en el plan de nuestra salvación. Ella, obediente, humilde y llena de fe, aceptó (Lc. 1,38).

María, como creyente, estuvo plenamente unida a Jesús (Jn.14,23), y estuvo con Él en los más grandes acontecimientos de su vida, colaborando en su obra:

- lo dio a su luz (Lc. 2,7)
- y lo presentó a la adoración de los pastores (Lc. 2,16)
- y de los Magos (Mt. 2,11)
- En las bodas de Caná, aceleró con su fe la manifestación del Mesías, que así adelantó su primer milagro (Jn. 2,5)

- Se mantuvo firme al pie de la cruz (Jn. 19,25)
- Acompañó a los Apóstoles en el Cenáculo el día de Pentecostés (Hech. 1,14).

En María, los católicos amamos, respetamos y aclaramos a María (como también, por semejanzas razones, a los Patriarcas y Profetas, a los Apóstoles y los Mártires, y a todos los Santos). Esta, y no otra, es la veneración, éste el culto o glorificación (nunca adoración) que le tributamos.

María, inspirada por el Espíritu Santo, dijo: "todas las generaciones me llamarán bienaventurada" (Lc. 1, 48). Eso es precisamente lo que siempre hemos hecho los católicos, cumpliendo la Palabra de Dios.

Las sectas protestantes aborrecen el culto a María (y a los santos), porque creen que con él le negamos a Cristo el papel que le corresponde como único Salvador y Mediador (1 Tim. 2,5-6). Por eso católicos, se empeñan en interpretar, de la manera más negativa posible, ciertos textos bíblicos que hablan de ella. Por ejemplo:

- que después del nacimiento de Jesús no se conservó virgen, porque tuvo varios hijos (Mc. 3,31; 6-3)
- que Jesús lo maltrató diciéndole "mujer", en las bodas de Caná, etc.

La Biblia nos enseña que sólo a Dios debemos glorificar (Is. 42,8; Rm. 11,36) y que Cristo es quien nos revela la gloria de Dios, porque Él participa plenamente de esa gloria (Is. 49,3; Jn. 13,31-32; Heb. 1,3).

Pero al mismo tiempo la Biblia nos enseña que a los redimidos, Dios les transmite su gloria, a través de Jesucristo, y que glorificar a los santos es reconocer la gloria que Dios les ha participado (Jn. 17,22; Rm 8,17.30; 2Cor. 3,18; Ef. 5,27; Ap. 21, 10-11)

Por tanto, la glorificación que los católicos tributamos a María, o a los demás bienaventurados (es decir, reconocer su gloria, venerarlos, y en este sentido, darles culto), no va a encontrar de la gloria que debemos darle a Dios. Al contrario, la resalta, porque reconocemos que la gloria de los santos proviene de Dios y, en último término, a Él se dirige: GLORIFICAMOS A DIOS EN SUS SANTOS. (Lc. 1,48-49; Mt. 5,16).